

De temas y protagonistas La pobreza y el hambre en la obra de Moisés González Navarro

Eugenia Meyer

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Parecería que el trabajo, fecundo y constante de González Navarro, desde muy temprano, cuando logra integrar su formación de abogado con la de científico social, tira hacia cuestiones de carácter sociológico. No solamente le preocupa la vida social en su conjunto, sino que insiste en temas poco tratados o —cuanto más— apoyados en esa ciencia —que en mucho sigue pareciéndome ciencia oculta— que es la estadística. Cabe reconocer, para mi admiración y azoro, que él se siente y trabaja, muy a sus anchas, entre cifras y estadísticas, estadísticas y cifras.

No resulta ocioso mencionar que su participación en la obra monumental de la *Historia moderna de México*,¹ en el volumen dedicado a la vida social, la inicia, precisamente, al referirse a la “fuentes”, con un análisis sobre las estadísticas del porfirismo, a partir de los censos aparecidos en la postrimería del régimen. La predilección por la historia social: por los hombres, sus actividades, sus preocupaciones, sus ocupaciones, hambrunas y crisis; vida cotidiana y asueto; educación y esparcimiento, son temas que ocupan su trabajo, por lo que, de manera natural, fuese

¹ Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El porfirato. Vida social*, México, Editorial Hermes, 1957.

consciente o inconscientemente, desde muy joven se define como un historiador social. El suyo es sin duda un caso excepcional, al integrar las cuestiones de economía y sociedad, en un época en que aún no resultaba lógica esa perspectiva global y cuando los historiadores, por lo general, se ocupaban fundamentalmente de las cuestiones políticas.

Los años que pasó en Europa, su cercanía con la escuela francesa que reivindica precisamente una preocupación legítima por la historia social, han llevado a Moisés a una definición temprana de sus pasiones y compromisos, siempre sustentados por una impresionante y hasta inflexible disciplina profesional.

Si analizamos la gruesa bibliografía de González Navarro, así como su trabajo docente, encontraremos una constante, que remite a mis primeras reflexiones: una orientación humanística, en el más amplio sentido de la palabra: un detenerse, un involucrarse en entender a los individuos: protagonistas de carne y hueso del hoy, del presente y del mañana, que lo obligan a preguntarse cuándo y por qué nacen, qué hacen, cómo viven, en qué invierten su tiempo libre, por qué y cuándo se enferman, cuándo y cómo mueren.

Decía muy a propósito al iniciar una de sus obras:

Algunos historiadores, y numerosos cultivadores de otras ciencias sociales, consideran que la historia contemporánea se asemeja al periodismo, porque ciertas fuentes (archivos públicos y sobre todo privados, diarios personales, etcétera) no siempre son accesibles; además, como los fenómenos no están terminados, falta perspectiva para entenderlos y, en fin, la pasión política impide la imparcialidad. A estas objeciones se ha respondido que, si bien hay cierta imposibilidad de consulta inmediata de algunas fuentes, otras, en cambio, son más abundantes, por ejemplo, censos, estadísticas, prensa, etcétera. Por otra parte, mientras al historiador se le piden retrocesos para escribir sobre la historia contemporánea, no se exige este requisito a geógrafos, sociólogos, economistas, antropólogos, etcétera. Si bien es cierto que la historia contemporánea estudia fenómenos comenzados pero no acabados, éste no es un obstáculo para el estudio científico del presente, porque la historia como todas las ciencias jamás está acabada.²

En efecto, la suya es producto de una clara vocación, de una imaginaria social. Es una historia siempre en construcción, siempre mutante y mutable, siempre repensada, siempre reconsiderable. Quizá por

² Moisés González Navarro, *Población y sociedad en México (1900-1970)*, vol. 1, México, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1974 (Estudios, 42), p. 9.

ello esté tan próximo a la información que le puedan proporcionar la demografía, la economía, la sociología, para luego construir con ellos un fragmento de la historia social.

Como constante en su trabajo de investigador, aparece la trilogía temática de la pobreza, el hambre y la mortandad. No creo que ello sea casual, y, por lo tanto, al reparar y analizar estos temas, les otorga una categoría medular para poderlos analizar como parte esencial de nuestra realidad histórica. Surge consecuentemente la interrogante de ¿qué hacer con los pobres?

Por principio de cuentas, se propone un esfuerzo complejo: reconocer la existencia y niveles reales de la miseria en México, analizar causas y orígenes, para quizá, finalmente, proponer soluciones.

En toda esta tarea aparece como elemento determinante el propio compromiso ideológico del autor. Aquí, como su lectora, me confieso en deuda con Moisés. Creo que nadie como él, en nuestra profesión, se ha preocupado y ocupado de este tema inherente a México, con tanta seriedad, con tanta pasión y a la vez tan científicamente. Su esfuerzo me ha obligado a reflexiones teóricas, pero también personales. Por otra parte, en este empeño se define con claridad, el abismo que lo separa y diferencia del periodista, del autor panfletario o de quién, atraído por los vientos y los falsos cantos de sirena, se deja llevar por las modas temporales.

Hay en su obra una constante histórica, que recorre al menos buena parte del siglo XIX y lo que va del nuestro. Una sociedad mutable y mutante que deja rastros y expresa sus contradicciones. Pobres y ricos forman parte de lo que es México que, luego de más de un siglo de lucha social por abatir la pobreza y la desigualdad, enfrentará al nuevo siglo en condiciones alarmantes, por lo cual, merece atención especial en ese todo que constituye la dinámica nacional.

González Navarro percibe, ya desde la mitad del siglo XIX, dos Méxicos que reconocían la coexistencia de españoles, criollos, mestizos e indios. Así también a las distintas razas como secuencia de los estamentos coloniales todavía coincidentes, en buena medida con las clases: indios y léperos, el pueblo bajo, la clase media ilustrada, los artesanos y los rancheros.

A finales del siglo pasado, con el inicio de la industrialización, las clases urbanas se distinguían por su indumentaria: la alta, que usaba levita; la media, con chaqueta y pantalón, y la baja, identificable por los calzones de manta. En esta última se podría considerar a la servidumbre doméstica, quizá también a los artesanos, los ferrocarrileros y los mineros; a los peones agrícolas y mendigos y malhechores, definidos por él como lumpen.

Esta clara estratificación social permite percibir las diferencias cualitativas y cuantitativas. A partir del análisis de los documentos y testimonios; archivos y escritos, y a lo largo de un sinnúmero de trabajos que dan seña de los muchos años de un mismo y constante esfuerzo, Moisés González Navarro ha tratado de estudiar y entender la pobreza en México, y por consecuencia las injusticias inherentes en el reparto de la riqueza, ciertamente no casual en una y la otra. Así, inevitablemente, en su momento, el autor se preguntó también ¿qué hacer con los ricos?,³ dando a entender con ello que éste es también, por paradójico que parezca, tema de preocupación pasada y presente.

Ricos y pobres, hombres y mujeres en la ciudad y en el campo, extranjeros, marginados y delincuentes, todos están en el reparto del drama que describe magistralmente González Navarro, porque, sin duda, como protagonistas inefables de nuestra historia, son ellos quienes dan forma y solidez al basamento de los procesos demográficos: la densidad de la población, los nacimientos y la muertes; los matrimonios, las enfermedades, las labores, faenas y trabajos. Los campesinos, los artesanos y los obreros, todos, todos, participan en la construcción de una "moral social", gozan o padecen de los sistemas de educación y de sanidad al tiempo que dejan constancia de la forma en que pasan las "horas del asueto", entre el civilismo y la tradición; los deportes y el circo, las corridas de toros, la ópera y los conciertos o las expresiones populares de júbilo, y hasta el culto a la muerte. Todo en su conjunto, como parte del *divertimento* popular.⁴ Se integra así la vida cotidiana de los mexicanos, interrumpida, sea temporal o definitivamente, por los cambios que, en forma inesperada, transforman cíclicamente nuestro devenir histórico.

Al inicio de la década pasada, Moisés González Navarro publica un pequeño, pero significativo ensayo, sobre las crisis en México.⁵ Se refiere a ellas entendiéndolas como sinónimo de transformación, mutación, dificultad, trance o compromiso. Asume que se presentan, para bien o para mal, cuando existe la inminencia de un cambio desde la perspectiva de bienestar humano. Reconoce entonces que todas ellas expresan un momento decisivo y grave de "consecuencias importantes".⁶ Explica el término desde el punto de vista de los economistas, sociólogos y hasta de los politólogos, y hace suyo el considerando de que las crisis provocan desorganización personal o social, que se dan ante un inminente cambio

³ "¿Qué hacemos con los ricos?", *op. cit.*, p. 390 y SS.

⁴ Términos empleados por el autor en su contribución a la *Historia moderna de México*.

⁵ *Cinco crisis mexicanas*, México, El Colegio de México, 1983 (Jornadas, 99).

⁶ *Ibid.*, p. 7.

desde la perspectiva del bienestar individual o colectivo. Acepta por ende que las crisis terminan por propiciar cambios profundos; modificaciones en el pensar y en el hacer, que entrelazan, por lógica, etapas de receso, depresión o contracción, para decantar después en recuperación o prosperidad. Se da entonces un proceso oscilante entre los ciclos cortos y descendentes, y otros prolongados, de larga duración, con tendencia ascendente.

Cinco de las crisis que ha sufrido nuestro país sirvieron a González Navarro para exponer sus tesis. Su delimitación temporal va del siglo pasado, casi inmediatamente después de la mutilación territorial resultante de la invasión norteamericana, hasta la tercera década de la presente centuria, inserta en las repercusiones inmediatas del fenómeno mundial derivado de la depresión y aparejada en lo doméstico con el fin de la rebelión cristera y el levantamiento de Gonzalo Escobar. Estas crisis hacen referencia a fenómenos naturales y a situaciones emanadas de cuestiones políticas. Ello le permite imbricar circunstancias determinantes, como fue la sequía agrícola de 1849 a 1852, que tan significativamente influyó en el debilitamiento de Mariano Arista y el regreso de Santa Anna.

Luego analiza la crisis ocurrida entre 1907-1909 cuando se vieron afectados los intereses de la burguesía agraria mexicana, como fue el caso de la familia Madero, al tiempo que se empobrecían los campesinos y trabajadores ligados con la industria azucarera de Morelos; condiciones que contribuyeron, en buena medida, al levantamiento popular y la caída de octogenario dictador.

La tercera crisis tratada se presentó durante los años violentos de la Revolución mexicana, entre 1916 y 1917, y desembocó tanto en una gravísima devaluación del papel moneda, como en un hecho mucho más grave y trascendente, las hambrunas, se generó entonces un proceso con claras repercusiones económico sociales.

De 1917 a 1921 ocurrió la cuarta crisis que afectó la minería y la industria textil. Fue de nueva cuenta el resultado de un fenómeno natural, una serie de sequías internas combinada con un factor exógeno, el hecho de que los países industriales se lanzaran a la reconquista de los mercados abandonados durante la primera conflagración mundial.

Por último, González Navarro hace referencia a la crisis que tiene lugar entre 1929 y 1933. Al hacerlo ilustra con claridad cómo la situación económica, tanto nacional como internacional, tendía a desembocar en crisis y en las subsecuentes transformaciones. Es decir, el autor nos obliga a la deducción lógica de que los desarrollos lineales y homogéneos no llevan nunca a grandes cambios. Parecería entonces que, para lograr las

modificaciones reales, se requiere de fuertes sacudidas en la vida de los pueblos; romper así la monotonía, y lograr entonces, con los sacudimientos, las transformaciones sociales, inherentes a la historia de la humanidad.

He tomado este apretado texto como ejemplo del quehacer de Moisés porque me parece claramente ilustrativo de su empeño. Sin embargo no creo conveniente entrar en detalles ni en sutilezas a las que llega la información e interpretación del autor. Baste reconocer que todas y cada una de las cinco crisis estudiadas van cargadas de información, de cifras, de estadísticas, pero sobretodo de un significativo esfuerzo, tanto heurístico como hermenéutico, que, conjugados con imaginación y creatividad, permiten que un tema, por lo general árido, como pudiera parecer éste, se convierta en una espléndida muestra de los cambios históricos, tema consustancial de todo trabajo histórico.

Con frecuencia la noción de crisis y su impacto supone una acabada definición y comprensión del fenómeno. Sin embargo, hablar de crisis —concretamente económicas— obliga a la reflexión sobre su significado y repercusiones. Obliga también a volver la mirada a los personajes de estos procesos: los individuos, que las sufren y las padecen; hombres y mujeres que dentro de la sociedad en la cual viven, se ven obligados a participar de manera activa en los cambios. Porque, ¿finalmente qué otra cosa es la historia, sino un andar inagotable hacia el cambio?

Creo percibir, en fin, además una inquietud y una ilusión del historiador González Navarro tanto en el texto aquí mencionado, como en otros muchos que hacen de su voluminosa bibliografía una aportación significativa a la historiografía mexicana contemporánea; insisto, inquietud e ilusión y —adjetivo— secreta, pero legítima, de llegar a la construcción de una historia total.

Cómo explicarnos, de otra forma, la presencia de las clases subalternas y de los marginados, en tantas y tantas páginas. Cómo entender el tema del hambre como fundamental, codo con codo con la vida y la muerte, el trabajo y las diversiones; la emigración y los inmigrantes, la colonización y los asentamientos en el territorio nacional y, en fin, todos aquellos temas y protagonistas que siempre pasan lista en la obra de González Navarro.

Desde la tradicional historia política que deslumbró a abogados, cronistas y narradores de épocas pasadas —que legitimó la historiografía positivista—, pasando por la fiebre de una historia economicista y por las diversas etiquetaciones de una pretendida historia marxista —tantas veces denunciada incansablemente por Pierre Vilar—, hasta la madurez presente de un propósito más equilibrado —cuyas aspiraciones son las de

integrar economía, política y sociedad—, el tema del hambre y de los desposeídos sigue siendo ciertamente ingrato. Por ello se requiere de un hilar muy delgado, de un olfato muy fino y de una probada vocación.

Todo ello da un significado especial a la aportación que Moisés González Navarro ha venido creando y construyendo, que hacer que recorre los caminos de la sociología y la historia, resume pasado y presente, en ese encuentro con sus temas y sus protagonistas, que se traduce, en última instancia, en experiencia aleccionadora para todos nosotros: sus amigos, sus colegas, sus alumnos.